

Caras y Caretas
30 II 1921



Buenos Aires (A. A.)

Autores
ingléses



LAS
SERPIENTES
INVISIBLES
POR
MIGUEL
DE
UNAMUNO

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

ROBERTO Browning pasa por uno de los poetas ingleses — y aun de todos los pueblos — de más difícil comprensión. Aparte de las dificultades de forma, de estilo, de lenguaje y de técnica artística hay la de la densidad anida, por extraña paradoja, a la prolijidad de su manera divagatoria y dialéctica. Browning se pasó la vida dialogando consigo mismo, no monologando.

Y, sin embargo, ¡qué de cosas no se encuentran en aquellos informes poemas en que casi todo es digresión! No ha mucho que leyendo su poema «El príncipe Hohenstiel-Schwangan, salvador de la sociedad», escrito en 1871 y en que el poeta parece haberse inspirado en el carácter de Napoleón III, de aquel a quien Victor Hugo persiguió sañudamente en sus «Castigos», del autor del golpe de Estado de diciembre de 1851, del que terminó su imperial carrera pública en Sedán, en 1870, no ha mucho que leyendo ese extraño poema — ¡cerca de 2.300 versos! — tropezamos entre otras curiosas divagaciones más filosóficas que poéticas con el pasaje siguiente que traducido a la letra — y en prosa, ¡claro! — dice así:

«Justamente el juicio que me mereció una estatua — muy parecida a mí, por desgracia — que vi una vez en Roma! Tuvo un artista el capricho de encubrir todos los accesorios que rodean al grupo y dejónos sólo a Laocoonte sin hijos ni serpientes para denotar el propósito de sus gestos. Fué después llamada una muchedumbre a escudriñar la cuestión, a criticar para qué semejante energía de piernas y de brazos y hasta de ojos que saltan de sus cuencas. Uno — le doy permiso para escribir mi historia — nada más que uno dijo: «Páreceme que esos gestos luchan contra algún obstáculo que no podemos ver». Todos los demás se decidieron: «Es un bostezo de completa fatiga que cede al reposo; está bien claro que es la estatua de la soñolencia!»

¿Quién de nuestros lectores no tiene noticia del famoso grupo escultórico de Laocoonte y sus hijos, el que inspiró la famosa tesis de estética de Lessing sobre los límites entre la pintura y la poesía? Ese grupo de escultura romana representa lo que se nos narra en el Libro II de la *Eneida* de Virgilio, versos 199 a 227.

En el famoso pasaje de la epopeya virgiliana se nos cuenta como estando Laocoonte, sacerdote por la suerte de Neptuno, sacrificando a éste un gran toro se vio avanzar por el mar dos enormes serpientes, de ojos ardientes, rojos de sangre y llama, con lenguas como saetas y lanzándose sobre Laocoonte enroscaron primero a sus dos hijos y con horribles mordeduras desgarraron sus miembros palpitantes. Prendieron luego al padre con los anillos de sus cuerpos, le rodearon dos veces por medio del cuerpo, dos veces sobre el cuello, dos por la espalda, levantando sus cabezas sobre la frente de él. Quería el desgraciado quitárselas de encima con sus manos y lanzaba al cielo horribles aullidos.

Esta escena del desdichado Laocoonte tratando de librarse de los nudos de las dos serpientes que le ceñían y ahogaban es la que representa el tan conocido

y famoso grupo escultórico de la antigüedad, el que comentó estéticamente Gotthold Ephraim Lessing y al que se refiere Roberto Browning en el pasaje susodicho.

Se ha discutido mucho sobre la expresión de horror y de agonía — es decir, lucha, pues no otra cosa quiere decir agonía — y de esfuerzo que se descubre en Laocoonte, pero indudablemente ayuda a interpretarla el tener patente la causa de semejante horror, agonía y esfuerzo. Pero quitadla de la vista y no es difícil que al no ver con qué es con lo que lucha Laocoonte se le ocurra a alguien declarar que está bostezando y que es un símbolo de soñolencia.

¿Le pasaba esto al príncipe Hohenstiel-Schwangan de Roberto Browning, es decir a Napoleón III? ¿Su expresión de perenne bostezo, de fatiga, de soñolencia, de aburrimiento, de tedio, de *spleen* si queréis, era que peleaba con unas serpientes para los demás invisibles, con unos monstruos que le ceñían el ánimo y que los que a él le veían y trataban no lograban descubrirlo? No lo sabemos y acaso Browning, el poeta inglés, poetizaba demasiado a Napoleón el Chico, al que cubrió con sus ultrajes Victor Hugo, el poeta francés. Browning hizo de él una especie de Hamlet. Pero lo cierto es que sea lo que fuere del caso especial de Napoleón III andan por el mundo no pocos hombres que nos ofrecen un aspecto de aburrimiento, de tedio, y más bien de bostezo de soñolencia y es que están luchando con tremendas serpientes, para nosotros invisibles, que les ceñen el ánimo y se lo ahogan. Y lanzan al cielo, como Laocoonte, terribles aullidos, pero mudos para nosotros.

¿Os habéis fijado alguna vez en la expresión de dolor de un animal? Si no viéramos la causa que le tortura no adivinaríamos su tormento. Y a las veces sus contorsiones nos parecen grotescas. Así como otras veces el dolor está en nosotros.

Y debe de ser una tortura más la de no acertar a expresar la íntima tortura, la de no conseguir que los demás se percaten de la realidad de las serpientes invisibles! Lo más trágico de ciertas tragedias íntimas es que al tratar de ennoblecerlas, ya que no pueda libertarse de ellas, el que las sufra, y de ennoblecerlas expresándolas y dándolas en espectáculo a los demás hombres, puedan aparecerles a éstos, si no saben ver las serpientes, como casos de bostezo de soñolencia. «No comprendo el tormento de este hombre» — me decía un amigo que acababa de leer el tremendo y abismático *Obermann* de Senancour. «No logro ver el abismo en que se abisma — me añadía — como no veo la sima — *gouffre* — en que se hundía Pascal ni el agujero negro que le daba tanto pavor a Flaubert». ¡Y qué íbamos a hacer con un hombre así!

Excusado nos parece advertir que este feliz mortal — ¡feliz! — para quien son invisibles las serpientes que ahogan a los Laocoontes es un progresista profesional, sueña con la Revolución definitiva y cree en no sabemos qué síntesis supremas. Para él no hay más serpientes que las anguillas y las lampreas y éstas se las come bien guisadas y aderezadas. Divide las cosas en comestibles y no comestibles y profesa la concepción llamada materialista de la historia.

